

EL CONCRETO HISPANISMO ARABE

Del 24 al 27 del pasado mes de febrero se celebró, organizado por el Instituto Hispano-Arabe de Cultura de Madrid, el I Coloquio de Hispanismo Arabe. Primero, hasta ahora, de este género celebrado en cualquiera de los países que hablan español y árabe.

La noticia escueta, y su contenido, poseen de por sí la suficiente importancia y dilatación en acto—que no potencial—de horizontes como para hacer un comentario extenso. Noticia y horizontes no meramente culturales, sino políticos, dentro del campo que se ha dado en llamar política cultural y dentro del campo de nuestras relaciones mutuas con los países de la Nación Arabe.

¿Qué es el «hispanismo árabe»?

Contestar a esta primera pregunta es premisa esencial. El hispanismo árabe forma parte evidente del hispanismo en general, pero con especificaciones propias; y estas especificaciones, o peculiaridades, le vienen «principalmente (...) por la (...) forma de relación que árabes y españoles hemos venido manteniendo a lo largo de buena porción de la historia de la Humanidad; relación que (...) no acaba en 1492 (...) ni en 1610 (...), sino que se mantiene todavía»¹. No se trata de dar, a esta parte del hispanismo, un color eminentemente distintivo, de brillos exóticos; ni de vestirle con ropas que recuerden, en algún caso, situaciones de dependencia administrativa pasada; ni de atribuirle una vocación exclusiva de estudio sobre la historia que nos es más entrañablemente común, o sea la España hispanoárabe. Esta parte del hispanismo que es el árabe, de los árabes y para los árabes, es un hecho absolutamente moderno y joven, actual, cuyas peculiaridades distintivas de los demás hispanismos podrían ser, según se ha recalcado varias veces en el mencionado I Coloquio, las paralelas a las del arabismo español (su contrapartida y complemento), el cual, aun formando parte del arabismo general y

¹ MARTÍNEZ MONTAVEZ, P.: *Peculiaridades del Hispanismo Arabe: ensayo de caracterización esquemática y nuevas vías de estudios*, ponencia presentada en el I Coloquio de Hispanismo Arabe, Instituto Hispano-Arabe de Cultura, Madrid, 1976.

mundial, tiene sus rasgos diferenciales que le surgen precisamente de esa «forma de relación que árabes y españoles hemos venido manteniendo a lo largo de buena porción de la historia» humana. Y que lo conforman.

Conforman a ambos. Es evidente que, aun siendo el hispanismo uno, el cultivado en los países anglosajones —por ejemplo— no puede ser el mismo, o no puede tener y vibrar al mismo acorde que el cultivado en los países latinos, ni el practicado en los países iberoamericanos, hispanos y por comunidades de cultura española. Por la misma razón el hispanismo árabe posee su propia entidad. Y sería tan absurdo ver todas las partes con una óptica monocolor, como dar a cada parte un color particularísimo, separándolas, fragmentándolas y cayendo, incluso, en la tentación de escalafonarlas.

La segunda pregunta que vendría a la mente es: ¿qué contenido tiene este hispanismo árabe? En términos generales, y siguiendo la clasificación apuntada en el mismo coloquio², podrían señalársele tres direcciones o compartimentos que corresponderían a los hispanismos de difusión, de estudio y de inspiración, comprendiendo, respectivamente, la enseñanza «de la lengua española y de la cultura hispánica en sus muy diversas facetas», las labores de estudio reflexivo y de investigación, y la influencia que lo español, hispanoárabe e hispánico tienen en la obra de creación literaria de muchos escritores árabes. Esto a grandes rasgos, y considerando direcciones, vocaciones y compartimentos no como hechos amurallados y divergentes, sino como posturas de trabajo que, normalmente, se complementan e intercomunican.

El hispanismo de difusión, dentro de lo árabe, tiene las facetas muy precisas de los organismos suyos y nuestros dedicados a la enseñanza de la lengua y la cultura hispánicas. Por ejemplo, yendo de occidente a oriente, baste recordar que, en Marruecos, funcionan dos departamentos de Lengua y Literatura Españolas en las Facultades de Letras de las modernas Universidades de Rabat y Fez; departamentos de los cuales ya ha salido un plantel muy florido de licenciados vertidos a la enseñanza y a la investigación. Y que, en el mismo Marruecos, el español es segunda lengua opcional en su Bachillerato, y en otras Facultades universitarias y escuelas especiales, con más de ocho mil estudiantes cursándolo. Que en Argelia, hay, también, departamentos de español en la Universidad con un número apreciable de alumnos y cuyos licenciados empiezan, ya, a trabajar muy se-

² *Op. cit.*

riamente sobre temas de investigación que nos son comunes; siendo, igualmente, el español segunda lengua optativa en muchos centros de la Enseñanza Media. Todo ello con índices de aumento, arraigo y profundización casi seguros. En Túnez, por su parte, el español y lo hispánico están bien presentes en la Universidad; funcionando, además, un modélico Instituto de Estudios Hispano-Andalusíes preferentemente dedicado a la investigación de las conexiones tunecino-andalusíes de todo género y a ese enorme impacto que, para la sociedad y el país, supusieron las emigraciones hispanomulsumanas, sobre todo la de los moriscos, cuya presencia aún está viva y es actuante. Que Egipto mantiene una Sección de Español en la Facultad de Lenguas de la Universidad cairota de Ayn Shams, con promociones de licenciados amplias en cantidad y profundas en antigüedad, algunos de aquellos ocupando ahora puestos de responsabilidad dentro y fuera del país. Ultimamente, la Universidad de Alejandría ha hecho obligatorio el estudio de la lengua española en las Secciones de Historia y Literatura árabes, por evidentes razones de necesidad en los campos de trabajo que afectan al antiguo Andalus. Cátedras y lectorados de español hay en Beirut, Damasco y Bagdad, además. Todo esto enumerando solamente —y a la ligera— los organismos y los planes de estudio que dependen de las autoridades gubernamentales árabes. En cuanto a los organismos españoles radicados en estos países y dedicados a parecida difusión, habría que mencionar en primer lugar —y lugar preferente por su actividad, dedicación, componentes y número— los Centros Culturales Españoles (con este nombre o con otro equivalente), dependientes del Ministerio de Asuntos Exteriores, que existen y se proyectan en Agadir, Casablanca, Fez, Rabat y Tánger, Argel, El Cairo, Alejandría, Ammán, Beirut, Damasco y Bagdad; a cargo —sobre todo— de un grupo de arabistas, romanistas e historiadores inquietos, buenos conocedores de los países árabes y de lo que es el hispanismo árabe, del que estamos hablando, sobre cuyos organismos y sobre cuyos hombros pesa, en cierto modo y diariamente el difícil papel de representar una buena sección de lo que es, no sólo la cultura española de todos los tiempos (incluyendo la hispanoárabe), sino la de la hispanidad entera.

Mención aparte merecen el Instituto Hispano-Arabe de Cultura de Madrid y el Instituto Egipcio de Estudios Islámicos, también en Madrid, sobre los cuales volveré a hablar en estas líneas. Y no hay que olvidar en este apartado de la difusión del hispanismo árabe, la fuerte adquisición de conocimientos sobre lo español e hispano que supone

la profesionalización de los estudiantes árabes que cursan sus carreras o las completan en las Universidades y escuelas especiales españolas, y cuyo número es asombrosamente amplio.

En lo que se refiere al hispanismo de estudio e investigación por parte árabe, que tiene un poso de no más de medio siglo de antigüedad, y una vigencia concreta, activa y consciente de no más de veinticinco años, puede hablarse ya de una escuela en particular, de varios inicios de escuela y de los esfuerzos, magníficos, callados muchas veces pero persistentes, de numerosas individualidades. La escuela particular sería la egipcia, creada en buena parte y cohesionada sobre todo en torno al grupo de licenciados que se doctoraron en España por los años cincuenta, de sus maestros, egipcios también, y del mencionado Instituto Egipcio de Estudios Islámicos en el que convergieron, de una forma u otra, todos ellos. Esta escuela comenzó con una decidida vocación por los estudios sobre Al-Andalus, a los que ha aportado, en varias ocasiones, trabajos magistrales, y en torno a los cuales sigue trabajando y progresando de modo firme. La mayor parte de los hispanistas individuales, o formando embriones de escuela, en los otros países árabes de oriente, está en el mismo caso: su comienzo y su interés se vierten, de modo natural, en la civilización andalusí y en la investigación que le corresponde. Sin embargo, en éstos y, sobre todo, en la escuela egipcia, esa vocación por lo hispanoárabe histórico ha servido de puerta y de acicate para que, a partir de lo andalusí, el hispanista se haya volcado cada vez más—y sin abandonar sus primitivos estudios e interés—hacia la hispanidad más moderna, de ahora incluso: todo aquello que pueda significar en el contexto de la civilización mundial España e Hispanoamérica, especialmente en el campo de las realizaciones culturales y, hoy por hoy, muy fundamentalmente en el campo de la literatura. Los hispanistas árabes de renombre, y los de menos renombre, se han puesto a traducir obras de nuestra literatura (española e hispanoamericana) desde las más clásicas hasta las más actuales, empezando a componer un verdadero mosaico en el que las notas de color irán integrándose en el dibujo general, hasta, en un futuro no demasiado alejado, dar, al público de lectura árabe, un cuadro completo de nuestra manera de hacer literatura y de expresarnos.

Lástima—y es obligado decirlo aquí—que, a la inversa, el mosaico y el dibujo estén muy lejos aún de llegar con más tiempo a las espaldas de poder haberlo hecho y con más países hispanoparlantes que pudieran haber contribuido, a componer un cuadro mediana-

mente completo de la literatura árabe. Pese a los esfuerzos de estos últimos años, en España.

Trabajo de investigación que continúa; trabajo de traducción que se acrecienta (de traducción mejor, en ocasiones que el realizado a otras lenguas con las mismas obras); el segundo más perteneciente al campo de la difusión que al del estudio, aunque estudio es también la traducción hecha—y los comentarios, explicaciones, prólogos—por especialistas e investigadores. Dentro del campo de la investigación, y pese a que Al-Andalus ha sido el primer motor de la misma, no lo ha sido, sin embargo, el único. En el caso concreto marroquí, y tunecino, por la razón patente de que nuestra historia común no terminó con Al-Andalus ni se redujo a éste. Y así, los investigadores marroquíes y tunecinos se esfuerzan, desde hace años, individualmente o con embriones de escuela, en explorar, ordenar y sacar a la luz—en colaboración y paralelismo, muchas veces, con sus colegas arabistas españoles—los documentos que afectan a nuestras relaciones desde el siglo xv a nuestros días, exhumando una parte mínima, hasta ahora, de la enorme riqueza depositada en los archivos y en las colecciones particulares de nuestros países. O se esfuerzan en ver, como dije antes, cuáles son las aportaciones culturales hechas por las emigraciones hispanomusulmanas al norte de Africa, e, incluso, sus aportaciones de léxico a las hablas coloquiales correspondientes. «Nuevas fronteras», a recorrer, que nos pertenecen a todos en común porque tratan de nuestra cultura, nuestras políticas mutuas y nuestras gentes, dentro del intercruce habido en largos siglos y de la situación geográfica que ocupamos y que no está sujeta a cambio.

La tercera de las tres vertientes del hispanismo árabe es la de la influencia que lo español, e hispánico, por caminos de remembranza, caminos directos y vías indirectas, ha tenido en la literatura árabe moderna. Este es un tema que está empezando a ser estudiado, con detalle, por algunos de nuestros arabistas más inclinados hacia los significados del mundo árabe actual. En términos forzosamente muy generales se puede decir que, tras de una primera época en que escritores árabes recuerdan lo español, en sus obras, a través de la óptica de la nostalgia por lo «andalusí», echando de menos el «paraíso perdido», se entra en otra época—segunda—en que determinados autores españoles, de acentos más propios para lo árabe (como García Lorca), influyen de modo absolutamente directo (normalmente a través de traducciones) o mediante las imágenes y las

formas, en la creación de los autores árabes. Lo cual es particularmente evidente en la poesía; sin que se limite a ésta, siendo posible, también, en la narrativa y otros géneros, y, quizá, en el teatro. Las traducciones directas hechas, en estos últimos años, por los hispanistas árabes (la escuela egipcia a la que me he referido y, muy particularmente, en la poesía, el embrión de escuela marroquí que viene trabajando asiduamente en ello desde hace más de veinte años), ha reforzado esa influencia, acentuándola para el futuro. A estas dos épocas, naturalmente no delimitadas sino entrelazadas como ocurre con todo fenómeno humano y cultural, viene a suceder una tercera, también imbricada, que es la creación literaria con conocimiento pleno y vivido de lo que es España. Y que obedece, sobre todo, a la presencia en nuestra tierra y en nuestras universidades, en nuestra vida cultural, y económica y política, de los jóvenes árabes, los cuales «nos aprenden», muchas veces en nuestra esencia, dada su sensibilidad y, en parte, su similitud. Fenómeno paralelo a su contrario, que, nuevamente por desgracia, es menor: el de los jóvenes españoles que van a aprender lo que son, de verdad, los árabes y cómo es su mundo. Y que lo reflejan de una forma u otra. Los esfuerzos más notables realizados en este último sentido se deben, precisamente, a la labor de ese Instituto Hispano-Árabe de Cultura, paralelo del Instituto de Cultura Hispánica, aunque más tierno, que, en una amplia gama de actividades y, muy particularmente, en la editorial, viene llenando un vacío de proyección y de «dar a conocer» que había llegado a ser casi dramático por lo extemporáneo y falto de realismo. También, el grupo de arabistas, y especialistas en el mundo árabe, reunido en torno a la revista —y editorial— «Almenara», dedicada al mundo árabe moderno, contribuye en mucho al conocimiento imprescindible, por parte del público hispánico, de lo que son los árabes de ahora, de cómo son, cómo se desenvuelven y qué estímulos de todo tipo les unen o les desunen a los otros mundos, y, sobre todo, al hispánico.

Falta mucho por hacer en este conocimiento e impregnación de elementos mutuos que nos puedan enriquecer; en la labor común: qué duda cabe... Pero, posiblemente, al margen de lo dicho, el mérito principal del Coloquio que da pie a esta Nota es, justamente, el haber llegado, a través de la reunión física y la discusión, a la consecuencia de que hay, precisamente, una labor común y un enriquecimiento mutuos; no por hacer ni futuros, sino ya en plena actividad desde hace más de un cuarto de siglo. Que falta sólo por estructurar en beneficio de todos.

EL CONCRETÓ HISPANISMO ÁRABE

Dicho esto, puede verse, por lo tanto, que el hispanismo árabe no es un término vago, más o menos hueco de contenido y cubierto de circunstancia; ni inspirado en las solas razones históricas de la convivencia habida sobre las tierras de la Península, hace siglos, sino algo más fuerte y actual que entra de lleno, y por eso le he llamado «concreto», en la mecánica del interés de los agrupamientos de naciones que llamamos hispanas y árabes; en la mecánica mediterránea; y, para España, en el contrapeso de las alas, dirigida una hacia el Nuevo Mundo y la otra hacia el Mare Nostrum (que todavía no lo es) y hacia la misma Europa.

RODOLFO GIL B. GRIMAU

